

ra las aguas del Pacífico —ellos lo llamaron durante muchos años simplemente la Mar del Sur—, y allí funda Panamá. Las consecuencias de esta fundación son incalculables, y Pedrarias desde entonces estará en el corazón de toda empresa. El es el que manda a Pascual de Andagoya para que inicie la apertura de las rutas descubridoras por las costa del Pacífico sur, en la ruta del Perú. El es también el que envía a sus capitanes —por la misma costa y por el interior— hacia el Norte de las tierras centroamericanas. A él se debe, pues, conjuntamente, el descubrimiento del Perú y la conquista de Nicaragua. Es Pedrarias uno de los financiadores —bajo la pantalla del Juez Espinosa— de la empresa de Pizarro y de Almagro.

Un capitán de Pedrarias —Hernández de Córdoba— va por su encargo, por orden suya y, probablemente, con sus dineros, a la conquista de Nicaragua. Es allí donde Pedrarias centrará su mayor iniciativa y actividad, ilusionándose de tal manera con las tierras nicaragüenses, que abandonará a Pedro de los Ríos el Gobierno de Panamá (ignorante de que el aparente fracaso de Pizarro ocultaba la conquista del más rico de los territorios de América), y pasará personalmente a Nicaragua, de cuya nacionalidad puede decirse que es el padre. Y como en tiempos eliminó

a Vasco Núñez, del mismo modo elimina a los capitanes que, demasiado ambiciosos, quisieron hacer la conquista por su cuenta. De más de ochenta años, Pedrarias morirá en plena actividad, reclamando la gobernación de Honduras también, como si los terrenos de Nicaragua fueran poco para su ambición.

* * *

Esta es la figura imperial que asienta la dominación española en Centroamérica, y dispone los peones para que pueda realizarse la adquisición para España del imperio de los Incas. Decir que es un hombre de acción simpática, sería desorbitar la verdad histórica. Pero es que la Historia, como decía al comienzo, no es cuestión de simpatías, sino de hechos y de resultados. España estaba en la plenitud de sus tiempos imperiales —como ya hemos visto ampliamente en un ensayo anterior— y no importaba que los hombres fueran agradables o no. Diríamos más, incluso los desagradables se doblegaban al imperativo histórico del momento y su acción —aunque los medios fueran en muchas ocasiones fríos, duros e implacables— resultaba armónicamente engranada en la totalidad de una empresa a todas luces civilizadora, grande e imperial.

